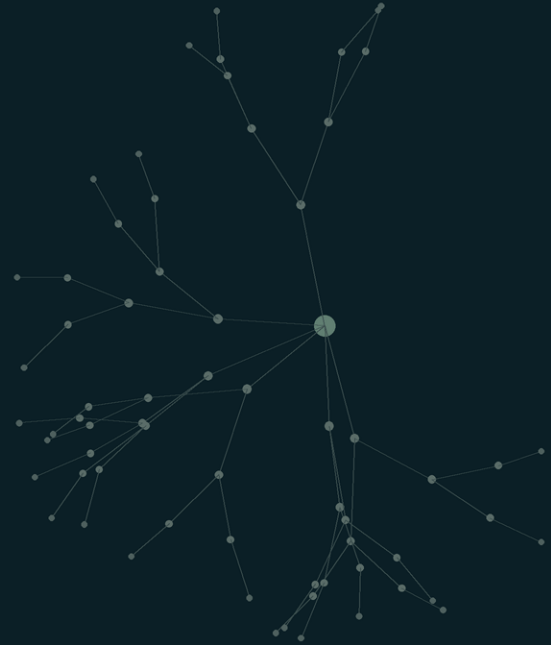


WORKING PAPER 01

Entre humanos y plantas

Rituales, conocimiento y reciprocidad
en el cultivo hogareño de cannabis

Patricio Maffei Gaido



ÁREA TEMÁTICA

Antropología y estudios multiespecie

VERSIÓN

1.0 · Octubre de 2026

PUBLICADO EN

maffeigaido.com

Resumen

Este trabajo examina las relaciones entre personas y plantas en el cultivo hogareño de cannabis en el Área Metropolitana de Buenos Aires. A partir de materiales etnográficos reunidos entre 2020 y 2024, analiza la transformación del espacio doméstico, las temporalidades del cuidado, su ritualización y la circulación comunitaria de saberes. El argumento propone comprender la agencia vegetal de manera relacional: los cambios de las plantas intervienen en decisiones y aprendizajes sin que ello implique atribuirles intenciones humanas. Los relatos de reciprocidad articulan afectos, conocimientos técnicos y responsabilidades. El alcance es situado e interpretativo; no se presentan pruebas de eficacia clínica, de sostenibilidad ni de simbiosis biológica. La discusión aporta preguntas sobre convivencia multiespecie, conocimiento y cuidado en la vida urbana.

PALABRAS CLAVE

etnografía multiespecie · cultivo hogareño · cannabis · cuidado · conocimiento situado

FICHA EDITORIAL

AUTOR	Patricio Maffei Gaido
TIPO	Working Paper 01
LÍNEA DE INVESTIGACIÓN	Antropología y estudios multiespecie
VERSIÓN Y FECHA	1.0 · Octubre de 2026
ESTADO	Publicado en este sitio. Sin evaluación externa por pares.
URL PERMANENTE	https://maffeigaido.com/es/writing/entre-humanos-y-plantas/
CITA SUGERIDA	Maffei Gaido, P. (2026). Entre humanos y plantas: rituales, conocimiento y reciprocidad en el cultivo hogareño de cannabis (Working Paper 01, versión 1.0). https://maffeigaido.com/es/writing/entre-humanos-y-plantas/
NOTA EDITORIAL	Versión de autor para circulación como documento de trabajo. No ha sido sometida a revisión externa por pares. Las citas de entrevistas conservan el texto y las fechas del manuscrito de base; se utilizan seudónimos.
DERECHOS	© 2026 Patricio Maffei Gaido. Todos los derechos reservados. La reserva se aplica al contenido propio del autor. Las citas y los materiales de terceros conservan los derechos de sus titulares. Cualquier reproducción fuera de los usos permitidos por la legislación aplicable requiere autorización del titular correspondiente.

1. Introducción

En un departamento del Área Metropolitana de Buenos Aires, María organiza parte de su vida cotidiana alrededor de sus plantas de cannabis. Las macetas, las luces y los horarios de cuidado modifican el uso del espacio doméstico. Sembrar, observar las hojas y decidir cuándo intervenir son actividades que combinan conocimientos técnicos con expectativas, afectos y responsabilidades. Esta escena plantea la pregunta central del trabajo: ¿cómo se construyen las relaciones entre personas y plantas en el cultivo hogareño de cannabis?

La investigación aborda esa pregunta desde la antropología simétrica y la etnografía multiespecie. La perspectiva de Latour (1993) permite seguir asociaciones entre personas, organismos, objetos y tecnologías sin reducir de antemano la explicación a la oposición entre naturaleza y cultura. La planta no aparece solamente al final del proceso, como producto: sus ritmos de crecimiento y sus transformaciones participan en la organización de la práctica.

Haraway (2016) propone pensar las relaciones de parentesco más allá de los vínculos humanos. En el autocultivo, esta orientación permite examinar cómo el cuidado prolongado convierte a una planta en compañera de hogar y en destinataria de obligaciones. Marder (2013), desde la filosofía, invita a reconsiderar la vida vegetal y los límites de las categorías con las que la describimos. Su propuesta se utiliza aquí como apertura conceptual, no como demostración experimental de una conciencia equivalente a la humana. Kimmerer (2013) aporta una reflexión sobre reciprocidad y responsabilidad hacia las plantas; no se presume que las experiencias domésticas analizadas reproduzcan las tradiciones indígenas sobre las que escribe.

En este trabajo, agencia designa la capacidad de hacer una diferencia dentro de una relación: una modificación del follaje puede alterar una decisión, un ritmo de crecimiento puede reorganizar una rutina y la floración puede transformar la percepción del espacio. Esta definición no requiere atribuir a la planta una intención humana. Tampoco supone que todos los participantes entiendan de la misma manera expresiones como «escuchar» o «agradecer» a sus plantas.

El cultivo doméstico reúne dimensiones personales, comunitarias y político-institucionales. En las trayectorias estudiadas, la planta puede ser considerada medicina, fuente de disfrute, objeto de experimentación o compañera de cuidado. Estas interpretaciones se superponen y se discuten. El análisis se concentra en cómo se construyen en la práctica, sin convertir las expectativas terapéuticas de los participantes en evidencia clínica ni ofrecer una descripción de la normativa vigente.

Materiales, método y alcance

El material procede del trabajo de campo para mi tesis doctoral, desarrollado entre 2020 y 2024 en el Área Metropolitana de Buenos Aires. El manuscrito de base reúne observación participante, entrevistas en profundidad y conversaciones informales con personas que cultivaban cannabis en sus hogares. El acceso al campo se produjo mediante clubes de cultivo, cursos de capacitación y redes de activismo. La selección fue intencional y buscó incorporar distintas motivaciones y formas de practicar el autocultivo.

Las visitas a espacios interiores y huertas urbanas permitieron registrar interacciones entre personas, plantas y dispositivos de cultivo. El análisis articula notas de campo con discursos de los participantes para reconstruir los significados del cuidado y la circulación de saberes. La orientación multiespecie, en el sentido de Kirksey y Helmreich (2010), amplía la atención hacia los organismos que intervienen en esas relaciones, sin sustituir la descripción de las condiciones sociales de quienes cultivan.

María, Juan, Clara y los demás nombres utilizados son seudónimos. Se omiten aquí detalles personales que no resultan necesarios para el argumento. Las citas conservan la formulación y la fecha consignadas en el manuscrito de base. El corpus no se presenta como una muestra estadísticamente representativa de los cultivadores del país. Sus resultados permiten formular interpretaciones situadas, no estimar frecuencias poblacionales ni evaluar la eficacia de tratamientos o técnicas agronómicas.

El texto se organiza en tres secciones analíticas: la transformación del hogar y las temporalidades del cultivo; la ritualización del cuidado y su materialidad; y las

redes de aprendizaje. Las conclusiones retoman sus implicaciones y los límites de la evidencia.

2. Cultivo y convivencia en el espacio doméstico

Un hogar compartido

El cultivo hogareño transforma la vivienda en un espacio donde se encuentran necesidades humanas, ciclos vegetales y dispositivos técnicos. Las luces comparten enchufes con otros aparatos; las macetas ocupan superficies de uso cotidiano; la ventilación y los horarios de oscuridad requieren acuerdos y ajustes. La separación entre una casa «social» y una planta «natural» resulta insuficiente para describir estas prácticas.

María expresa esa convivencia en términos de cuidado mutuo: “Mi hogar es también el hogar de mis plantas; coexistimos y nos cuidamos mutuamente” (Entrevista personal, 14 de octubre de 2023). La frase muestra el lugar que la planta ocupa en su interpretación de la vida doméstica. No describe una equivalencia entre las necesidades de ambos organismos: afirma una relación que la cultivadora considera significativa y que modifica su manera de habitar.

Desde esta perspectiva, la propuesta de «hacer parientes» de Haraway (2016) permite preguntar qué obligaciones se reconocen y cómo se sostienen. La planta depende de intervenciones humanas para desarrollarse en ese entorno construido. A su vez, su presencia influye en la distribución del espacio, la atención y el tiempo. Esa influencia es observable en las prácticas, aunque no presuponga una intención consciente de la planta de producir tales efectos.

La reciprocidad aparece, por tanto, como una categoría de los participantes y como un problema analítico. El cuidado no se agota en obtener flores: puede incluir el interés por el bienestar del organismo, el agradecimiento o el reconocimiento de un aprendizaje. Al mismo tiempo, la cosecha muestra que afecto y aprovechamiento no son dimensiones necesariamente excluyentes. Esa tensión debe mantenerse visible, en lugar de idealizar el vínculo.

Aprender los tiempos de la planta

Los ritmos del cultivo introducen otras temporalidades en la vida doméstica. Algunas personas reorganizan actividades, revisan sus plantas en determinados momentos del día o evitan ausentarse durante etapas que consideran críticas. La atención se distribuye a lo largo de semanas y meses: una decisión presente puede mostrar sus efectos más adelante.

Juan explica ese aprendizaje: “Es un proceso constante de observación y ajuste. Cada planta tiene su propio ritmo, y entenderlo me obliga a adaptarme a su manera de interactuar con el entorno” (Entrevista personal, 22 de abril de 2023). La frase vincula observación y adaptación. El cultivador no controla cada proceso; interviene en un desarrollo que responde también a condiciones materiales y a la variabilidad vegetal.

El término «simbiótico», presente en el manuscrito de base, puede servir como metáfora de esa interdependencia percibida. No se utiliza aquí como diagnóstico de una simbiosis biológica ni de simbiogénesis. El material etnográfico tampoco demuestra coevolución. Lo que permite describir son ciclos compartidos de atención, respuestas vegetales y reorganización de las prácticas humanas.

Germinación, crecimiento, floración y cosecha

La elección de una semilla reúne criterios de cultivo y expectativas personales. María señala: “Cada semilla que planto es una decisión consciente. No solo busco variedades altas en CBD para mi dolor, sino que también considero la historia de la cepa” (Entrevista personal, 15 de marzo de 2023). Su relato incluye una expectativa terapéutica y una valoración de la trayectoria de la variedad. El análisis se ocupa de esos significados; no verifica la composición química del material ni la respuesta clínica que podría producir.

La germinación es vivida como el comienzo de una relación. Revisar un recipiente, regular sus condiciones y esperar la emergencia de la plántula adquieren una intensidad afectiva que excede la ejecución de un procedimiento. En las notas de campo, la exclamación de María “¡nacieron las nenas!” muestra cómo el vocabulario familiar participa en la interpretación del crecimiento. No implica que todas las personas que cultivan compartan esa personificación.

La reflexión de Myers (2017) sobre la educación de la atención hacia las ecologías permite interrogar esta sensibilidad. El cuidado cotidiano reúne movimientos corporales, objetos y respuestas vegetales. Las acciones técnicas no quedan fuera del afecto: observar, esperar y ajustar son también maneras de establecer una relación. La referencia se emplea como orientación analítica, sin atribuirle las escenas concretas del presente trabajo.

Durante el crecimiento, los cambios visibles se convierten en indicios para decidir. María describe su práctica: “Cuando noto que las hojas se curvan hacia abajo o que el verde parece más apagado, sé que algo no está bien. Cambiar la luz, moverla un poco más cerca o darle más horas de oscuridad puede hacer toda la diferencia” (Entrevista personal, 15 de marzo de 2023). La cita documenta su interpretación y sus formas de intervención; no constituye una recomendación técnica validada.

Esta sensibilidad puede leerse como conocimiento situado (Haraway, 1988). Se construye al observar plantas determinadas en condiciones concretas. Un cambio de color o de turgencia no identifica por sí solo una causa: varias condiciones pueden producir signos parecidos. Lo relevante para el análisis es cómo se elaboran hipótesis, se interviene y se revisa una interpretación a partir de lo que ocurre después.

La floración intensifica esa atención. Los aromas, las formas de las inflorescencias y los cambios de superficie orientan expectativas y decisiones de cosecha. La experiencia sensorial tiene valor para los participantes, pero las señales visibles no sustituyen la medición de cannabinoides ni permiten afirmar una composición o una potencia determinada. La lectura cultivadora y el análisis de laboratorio responden a preguntas distintas.

La cosecha transforma la relación. Una planta viva pasa a estar presente a través de sus flores, semillas o restos. En los relatos aparecen satisfacción, gratitud y, en ocasiones, nostalgia. Juan dice: “Antes de cortar cada rama, le agradezco a la planta por todo lo que me ha dado. No es solo por los cogollos; es por las lecciones de paciencia, por la conexión con la naturaleza que me ha proporcionado durante estos meses” (Entrevista personal, 22 de abril de 2023).

El agradecimiento sitúa el rendimiento material dentro de una experiencia más amplia. En diálogo con Haraway (2003), permite examinar cómo se reconocen responsabilidades hacia un organismo del que también se obtiene un producto. El gesto no elimina esa apropiación: la vuelve parte de una relación que el participante interpreta como ética.

Conservar semillas, atender el procesamiento posterior o devolver restos al compost prolonga para algunos cultivadores el sentido del ciclo. Son prácticas descritas en el campo, no requisitos universales ni pruebas automáticas de sostenibilidad. Su interés antropológico reside en cómo conectan la cosecha presente con un futuro imaginado de nuevas plantas y nuevas obligaciones.

3. Rituales, materialidad y experiencia sensorial

Objetos que participan en el vínculo

Semillas, sustratos, macetas y equipos de iluminación cumplen funciones técnicas y pueden adquirir significados adicionales. La semilla concentra expectativas sobre una planta futura; la maceta delimita su lugar en la vivienda; la luz artificial permite organizar un entorno de crecimiento. Ninguno de estos objetos actúa por separado: sus efectos se producen en relaciones concretas.

En las escenas de selección de semillas, la atención minuciosa puede adoptar una forma ceremonial. La cultivadora examina el material, recuerda su procedencia y decide con cuál comenzar. El significado de la acción no depende de que exista una ceremonia formal. Puede surgir de la concentración, la repetición y la importancia que se atribuye al momento.

Algo semejante ocurre con la germinación. Registrar una fecha, revisar un recipiente y esperar sin apresurar el proceso construyen un umbral entre una posibilidad y una planta emergente. Algunas personas acompañan estas actividades con palabras o pensamientos a los que atribuyen valor. La descripción de esas creencias no equivale a afirmar que la intención emocional provoque un efecto fisiológico comprobado.

Preparar el sustrato también moviliza recuerdos y sensaciones. Clara explica: “El aroma del sustrato mojado o el brillo de las hojas me ayuda a mantenerme presente y conectada con algo más grande que yo misma” (Entrevista personal, 14 de octubre de 2023). La experiencia que describe articula percepción y bienestar subjetivo. No autoriza a inferir un efecto terapéutico general ni un tratamiento de una condición de salud.

El tacto interviene al mezclar materiales, trasplantar o sostener una maceta. Sus texturas permiten hacer evaluaciones prácticas y, al mismo tiempo, pueden ser valoradas afectivamente. La preferencia por una maceta de barro o de plástico reúne disponibilidad, propiedades del recipiente, estética y asociaciones con lo artesanal o lo industrial. El objeto material participa así en una elección técnica y moral.

La ritualización de las tareas ordinarias

La ritualidad no se limita a la siembra y la cosecha. Inspeccionar, regar o podar puede adquirir una pauta repetida que ordena la jornada y expresa una relación. En el material de campo, algunas personas hablan a sus plantas o explican lo que están haciendo. Esas verbalizaciones ofrecen acceso a sus formas de personificación y cuidado, sin demostrar que la planta comprenda el contenido lingüístico.

También aparecen prácticas que combinan tareas agrícolas con significados espirituales. Conviene describirlas como experiencias de participantes concretos. No son atribuibles a toda la comunidad cultivadora y su eficacia agronómica no fue evaluada por esta investigación. Esa distinción permite tomar en serio el significado de una acción sin convertir una creencia en un resultado experimental.

La noción de ritual ayuda a identificar cómo una repetición se vuelve significativa, pero no debe aplicarse automáticamente a cualquier tarea recurrente. En este trabajo importa la atención que los participantes conceden a determinados momentos, los relatos con los que los interpretan y las obligaciones que reconocen en ellos. La misma acción puede ser rutinaria para una persona y ceremonial para otra.

Los sentidos como forma de atención

Olfato, vista y tacto median la relación con las plantas. Los aromas cambian a lo largo del ciclo; las hojas muestran variaciones; el peso de una maceta o la textura de un sustrato aportan indicios. Aprender a distinguirlos requiere exposición prolongada y comparación. Esa pericia corporal participa en la construcción del conocimiento cultivador.

La atención sensible tampoco es infalible. Un olor, una tonalidad o una textura pueden interpretarse de distintas maneras, y la familiaridad puede coexistir con errores. El interés etnográfico está en seguir cómo una percepción adquiere significado, cómo se contrasta con otras observaciones y quién tiene autoridad para proponer una explicación.

Rose (2011) permite pensar la responsabilidad hacia otras formas de vida como una cuestión relacional. En este caso, esa responsabilidad se expresa en prácticas de atención y en narrativas de reciprocidad. El texto no presupone una experiencia sensorial idéntica o compartida por humanos y plantas: reconstruye la experiencia humana del vínculo y las respuestas materiales que intervienen en ella.

4. Redes de conocimiento y comunidades de práctica

Ensayo, error y conocimiento encarnado

El aprendizaje doméstico combina información externa con experiencia. Manuales, cursos y consejos ofrecen orientaciones que deben adaptarse a un espacio, un equipo y unas plantas determinados. El saber práctico no surge fuera de las instituciones y de la técnica, pero tampoco se reduce a aplicar instrucciones sin interpretación.

Collins y Evans (2007) permiten distinguir distintas formas de experticia y atender al conocimiento adquirido mediante participación prolongada en una práctica. María resume su propio aprendizaje: “No es algo que puedas aprender en un manual. Es observar, probar y adaptarte” (Entrevista personal, 18 de mayo de

2023). La frase expresa la importancia que concede a la experiencia, sin invalidar el conocimiento formal.

Las pruebas domésticas generan comparaciones útiles para quien cultiva, pero no equivalen por sí solas a experimentos controlados. Cambiar una técnica y observar una mejoría puede orientar una decisión; no permite aislar su causa si también cambiaron otras condiciones. Reconocer esa diferencia evita presentar la experiencia local como evidencia universal.

La perspectiva de Ingold (2000) ayuda a comprender el aprendizaje como formación de habilidades en relación con un entorno. Con el tiempo, una persona puede evaluar el peso de una maceta, reconocer una variación de color o ajustar un movimiento sin explicitar cada paso. Ese saber encarnado integra percepción, memoria y acción. También puede transmitirse al mostrar una práctica y observar cómo otra persona la realiza.

Circulación y contraste de saberes

El hogar se conecta con clubes, asociaciones, cursos, foros y grupos de conversación. Estos espacios permiten intercambiar preguntas, experiencias y materiales. Su importancia no radica solamente en la cantidad de información disponible: también producen vínculos de confianza y criterios para evaluar quién puede aconsejar sobre un problema.

Clara describe un aprendizaje colectivo: “No sabía que un simple cambio en la mezcla de compost podía tener un impacto tan grande en la salud de mis plantas. Lo aprendí compartiendo experiencias con otros cultivadores en línea” (Entrevista personal, 14 de octubre de 2024). La cita documenta su valoración de una experiencia. No establece una relación causal general entre una mezcla y un resultado.

Las visitas y tareas compartidas amplían las posibilidades de aprender mediante demostración. Ver cómo alguien prepara su espacio o realiza una intervención permite captar aspectos difíciles de describir en un mensaje. A la vez, los intercambios digitales hacen circular fotografías y diagnósticos tentativos que pueden ser discutidos por personas con distintas experiencias.

Estas redes también cumplen funciones de apoyo y legitimación en un contexto atravesado por controversias sobre cannabis. Los participantes comparten dudas institucionales y elaboran discursos sobre responsabilidad, solidaridad y cuidado. El material registra esas orientaciones morales; no presupone que una pertenencia comunitaria garantice el cumplimiento de la normativa ni que todas las prácticas compartidas sean seguras.

La obra de Tsing (2015) ofrece herramientas para examinar colaboraciones y relaciones heterogéneas sin suponer un ensamblaje armonioso. En los grupos de cultivo pueden existir desacuerdos, diferencias de acceso a equipos y jerarquías de experiencia. Describir la horizontalidad como aspiración resulta más preciso que darla por realizada en todas las interacciones.

Tecnología, tradición y criterios de validación

El conocimiento cultivador articula nociones botánicas, instrumentos de medición, experiencia práctica y creencias. Los participantes utilizan tecnologías de iluminación y ventilación, consultan información especializada y adaptan procedimientos a sus espacios. También pueden incorporar calendarios, música u otras prácticas a las que atribuyen significado. Su coexistencia no convierte a todas estas fuentes en evidencias del mismo tipo.

Una pregunta central es cómo se validan las interpretaciones. Un medidor produce un registro, una comparación doméstica ofrece una experiencia y una recomendación de un participante veterano puede circular por su reputación. Esas formas de autoridad se encuentran y, en ocasiones, entran en tensión. El análisis debe seguir ese proceso en lugar de resolverlo mediante una oposición simple entre ciencia y tradición.

Las tecnologías pueden ser interpretadas en términos éticos. Juan afirma: “Usar LEDs no es solo una cuestión de ahorro de energía; es una manera de respetar el entorno que comparto con mis plantas” (Entrevista personal, 22 de abril de 2023). La frase muestra su criterio de elección. La investigación no midió el consumo ni la huella ambiental de su cultivo; por ello, el relato no se presenta como una evaluación de sostenibilidad.

En el manuscrito de base, Clara relata una experiencia con una modificación del sustrato que atribuye a una mejoría de la floración. El episodio permite observar la figura del cultivador que prueba, interpreta y comparte. Al no contar con controles ni una serie de mediciones que permitan aislar el efecto, debe leerse como una interpretación de la participante, no como un ensayo agronómico validado.

Kohn (2013) invita a ampliar la atención antropológica hacia procesos de significación que no se agotan en el lenguaje humano. En el cultivo, los cambios de las plantas se convierten en indicios que las personas leen y discuten. Expresiones como «la planta pide» o «la planta agradece» muestran formas de traducir esos cambios a un lenguaje compartido. El uso de ese vocabulario no demuestra por sí mismo una intención vegetal equivalente a la de quien habla.

La comunidad puede revisar sus interpretaciones a partir de nuevas experiencias o información. Esa apertura convive con incertidumbres y errores. El conocimiento situado no es una garantía de acierto: es una manera de reconocer desde dónde, con qué medios y mediante qué relaciones se construye un saber.

5. Conclusiones

El cultivo hogareño de cannabis permite observar cómo personas, plantas y tecnologías organizan juntas un espacio cotidiano. Las respuestas vegetales intervienen en decisiones humanas; las rutinas de cuidado transforman la vivienda; y la atención prolongada produce conocimientos y significados que no se agotan en la obtención de flores.

La reciprocidad analizada es una relación interpretada y practicada por los participantes. Puede expresarse como gratitud, aprendizaje u obligación de cuidado. No supone igualdad entre los organismos ni demuestra simbiosis, coevolución o conciencia vegetal. Mantener esas distinciones permite estudiar la agencia de las plantas sin trasladar automáticamente categorías humanas a su fisiología.

Las redes de aprendizaje conectan el espacio doméstico con conocimientos técnicos, experiencias de otras personas y debates institucionales. Su potencial colaborativo no elimina diferencias de recursos, jerarquías o desacuerdos. La

investigación muestra cómo se construyen y contrastan saberes, pero no evalúa clínicamente productos ni verifica de manera experimental cada práctica de cultivo descrita.

Estas observaciones pueden contribuir a debates sobre conocimiento y cuidado en la ciudad. Su alcance es interpretativo y situado. No permiten concluir que todo autocultivo sea seguro, sostenible o ético, ni que una forma de producción deba reemplazar a otra sin considerar sus condiciones. Sí muestran por qué las experiencias de quienes cultivan merecen ser estudiadas junto con los instrumentos técnicos y las instituciones que organizan su relación con la planta.

Futuras investigaciones podrían comparar estas relaciones con las que se desarrollan alrededor de otras plantas, seguir conflictos dentro de las redes de cultivo y examinar cómo cambian las prácticas ante nuevas exigencias institucionales. También sería útil articular observaciones etnográficas con mediciones agronómicas cuando la pregunta lo requiera, conservando la diferencia entre una experiencia narrada, una interpretación antropológica y una hipótesis sometida a prueba.

Referencias

- Collins, H., y Evans, R. (2007). *Rethinking Expertise*. University of Chicago Press.
- Haraway, D. (1988). Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of partial perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575–599.
<https://doi.org/10.2307/3178066>
- Haraway, D. (2003). *The Companion Species Manifesto: Dogs, People, and Significant Otherness*. Prickly Paradigm Press.
- Haraway, D. (2016). *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*. Duke University Press.
- Ingold, T. (2000). *The Perception of the Environment: Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*. Routledge.
- Kimmerer, R. W. (2013). *Braiding Sweetgrass: Indigenous Wisdom, Scientific Knowledge and the Teachings of Plants*. Milkweed Editions.

- Kirksey, S. E., y Helmreich, S. (2010). The emergence of multispecies ethnography. *Cultural Anthropology*, 25(4), 545–576. <https://doi.org/10.1111/j.1548-1360.2010.01069.x>
- Kohn, E. (2013). *How Forests Think: Toward an Anthropology Beyond the Human*. University of California Press.
- Latour, B. (1993). *Nunca hemos sido modernos: ensayo de antropología simétrica*. Debate.
- Marder, M. (2013). *Plant-Thinking: A Philosophy of Vegetal Life*. Columbia University Press.
- Myers, N. (2017). Ungrid-able ecologies: Decolonizing the ecological sensorium in a 10,000 year-old NaturalCultural happening. *Catalyst: Feminism, Theory, Technoscience*, 3(2), 1–24. <https://doi.org/10.28968/cftt.v3i2.28848>
- Rose, D. B. (2011). *Wild Dog Dreaming: Love and Extinction*. University of Virginia Press.
- Tsing, A. L. (2015). *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*. Princeton University Press.